

hicieron al fin. No podía ser mas vivo el contraste entre la pobre mutilada y su compañero, que brillaba en toda su lozanía.

Así como las cotorras de diferente especie traban amistad del modo que hemos dicho, de la propia suerte contraen relaciones amorosas, que si bien son al principio forzosas hasta cierto punto, consolidanse con el tiempo de tal modo, que no se rompen aunque se dé á las dos aves oportunidad de aparearse con sus semejantes. Con mucha frecuencia se aparean, sobre todo cacatúas de diversa especie, aunque tambien se observa lo mismo en otras cotorras. «Por una casualidad, me escribe Linden, perdí la hembra de una pareja de la *Pionia fuscicollis*; y el macho se asoció con una cotorra de Alejandro que aceptó voluntariamente las caricias del forastero. Muchas veces pude observar el apareamiento de ambos; la hembra puso muchos huevos y los cubrió; pero desgraciadamente no dieron cria. Sin embargo, estos huevos no eran infecundados, pues muchos que yo abrí, contenian fetos muy desarrollados. Ninguna de las otras cotorras que habitaban el mismo recinto con la pareja osó nunca acercarse á la hembra; pues el macho la vigilaba con el mayor celo y se mostraba hostil hasta contra mí cuando la hembra se colocaba sobre mi hombro para pedir el pedacito de pan que yo solia ofrecerle al repartir la racion á las demás aves: siempre compartia con su compañero las golosinas obtenidas. El macho se encolerizaba cuando yo permitia á la hembra permanecer mas de lo acostumbrado sobre mi hombro; bajaba á uno de los palos inferiores, y erizando el plumaje, producía unos sonidos extraños. Tambien la hembra me manifestaba sus deseos de reunirse con su compañero tirándome suavemente de la oreja ó del cabello. En la tarde de un frio día de invierno se me escapó la hembra, porque ignorando yo que se habia posado en mi hombro, salió conmigo de la jaula. El ave voló á la copa de un árbol inaccesible, sin que los gritos del macho la indujeran á bajar voluntariamente; solo el frio de la noche la obligó á ello; de modo que nos fué posible recobrarla. Sin embargo, esta escapatoria le costó una pulmonía, de cuyas resultas murió poco despues. El macho la buscaba despues en todos los nidos, dejando oír sonidos lastimeros. Poco antes de ocurrir este percance habia comprado yo una pareja de cotorras de Alejandro; y una vez convencido el macho viudo de que en vano buscaria á su difunta compañera, fijó su atencion en la hembra de mi nueva pareja. Esta se hallaba en una jaula separada del recinto comun; pero el macho logró romperla y apoderarse del ave apetecida. Yo no me opuse á esto, y desde entonces vivió con la segunda hembra tan familiarmente como con la primera; mientras que el macho legítimo hubo de consolarse solo. Muchas veces procuré hacerle volar en el mismo compartimiento con el pion, pero este, celoso de su dominio, le obligaba siempre á volver inmediatamente á su jaula.» Tambien se da el caso de que los loros manifiesten enemistad, no solo contra individuos de otra especie, sino contra los de la misma. Las cotorras de cola plana de la Australia se distinguen sobre todo por su mala índole. A menudo se traban encarnizadas luchas entre los machos de la misma ó de diversas especies, luchas que suelen acabar con la muerte del mas débil. La causa de estos sangrientos combates puede ser la envidia por el alimento en unos, los celos en otros; y el despotismo, en fin, en algunos; tambien sucede que uno ú otro se precipita sin razon conocida sobre individuos mas débiles de su género. Yo mismo he observado cómo una cotorra criada por nosotros, fué acometida desde luego, al entrar en la jaula comun, por otras de su misma especie, habiéndola maltratado de tal modo, que pereció al poco tiempo. Así como sucede con otros muchos animales,

casi todas las cotorras demuestran un odio profundo contra los individuos mutilados ó enfermos de su misma ó de otra especie. Excepciones como las indicadas se observan muy raras veces. El loro enfermo que ha de compartir la misma jaula con otros, ó el que está herido, siempre es víctima de sus compañeros.

Los loros se engalanan, por lo regular á los dos años, de su plumaje definitivo, y son aptos ya para reproducirse: las pequeñas especies no necesitan mas que un año, y á pesar de esta precocidad, viven largo tiempo. Se ha podido reconocer el hecho en loros cautivos, que sobrevivieron á la familia en cuya compañía pasaron su juventud. Cuéntase en una leyenda americana que ciertos loros han visto desaparecer á todo un pueblo. «Es probable, dice Humboldt, que la última familia de los Atures tardara en extinguirse, pues en el Maypures vive todavía un viejo loro al que no entienden los indígenas, porque, segun dicen, habla la lengua de los Atures.»

Es probable que los mas de los grandes loros mueran mas bien de vejez que en las manos ó en las garras de sus enemigos, aunque tambien los tienen, siendo el hombre el mas temible de todos ellos. Merced á su cautela y perspicacia, consiguen escapar de los cancheros, y tambien saben defenderse contra los que pueden penetrar hasta su retiro. Las rapaces y los mamíferos arborícolas que se alimentan de carne, hacen á menudo presa en las especies pequeñas; pero las grandes luchan con éxito, sirviéndose de su acerado pico como de un arma poderosa. Contra el hombre no tienen defensa; deben sucumbir ante su astucia.

CAZA.—En todas partes se persigue á los loros; por doquiera se les caza con cierta aficion, ya por la utilidad que pueden reportar, ó bien para impedir sus destrozos. Esto es necesario en todas las localidades donde las plantaciones se hallan inmediatas á los bosques habitados por los loros. «No se crea, dice Audubon, que el propietario sufre tranquilamente los perjuicios que le ocasionan estas aves; trata de sorprenderlas en sus excursiones, y les hace pagar con la vida su rapacidad. Provisto de su escopeta bien cargada se desliza hasta cerca de ellas, y de un solo tiro hace caer á veces ocho ó diez. Las otras se levantan, chillan, revolotean describiendo círculos durante cinco ó seis minutos; se acercan á los cadáveres de sus compañeras; rodéanlos lanzando gritos plañideros, y caen á su vez, víctimas de su amistad, hasta que el plantador no las cree ya bastante numerosas para causar daño en sus cosechas y deja en paz á las que sobreviven. En pocas horas he matado yo así varios centenares de loros, llevándome cestos llenos de sus cadáveres; pero los que solo están heridos se defienden vigorosamente, y con sus cortantes picos ocasionan á veces profundas heridas.» Los chilenos esperan á que los loros se hayan posado en un campo, y entonces se lanzan de improviso sobre ellos y los matan á palos; los habitantes de Australia los asustan cuando descansan, y disparan sus flechas contra la bandada que vuela. Algunos cazadores temerarios se deslizan á lo largo de las paredes de roca, donde los loros establecen su morada, y con unos garfios se apoderan de los pequeños que se hallan en los nidos.

Los cazadores de aficion, y tambien los de oficio, procuran sorprenderlos mientras comen. Para coger los pequeños se cortan los árboles cuando no es posible subir á ellos; asimismo se emplean las redes, la liga, etc.

CAUTIVIDAD.—La domesticidad de los loros recuerda en cierto modo la de nuestros animales caseros, y data ya desde las épocas mas remotas. En los antiguos monumentos egipcios faltan completamente, al decir de Dumichen, las imágenes de estas aves, y tampoco la Biblia hace mencion de ellas.

En la India, empero, Onesicrito, general de Alejandro el Grande, las encontró ya domesticadas, y llevólas vivas á Grecia; mas tarde se recibieron á menudo en Roma. Plinio describe sus usos y costumbres con bastante exactitud; pero solo conocia los paleornidos.

«¡Oh desgraciada Roma! exclamaba el rígido Caton el Censor, ¡á qué extremo te ves reducida, cuando las mujeres crian perros en su seno y llevan los hombres loros en la mano!» Poníanse estas aves en jaulas de plata, de concha y de marfil, y habia personas encargadas exclusivamente de cuidarlas y enseñarlas, sobre todo, á pronunciar el nombre de César.

Un loro que hablara costaba á menudo mas que un esclavo: Ovidio no se desdeñó de cantar á una de estas aves; Heliogábalo no creia poder ofrecer á sus convidados un manjar mas raro que un plato de cabezas de loro: en tiempo de Neron no se conocian aun mas que las especies indias, y hasta mas tarde no se importaron los loros de Africa.

En la época de las cruzadas tenian loros los opulentos barones para adornar sus palacios, y se les enseñaba á hablar, segun se deduce de la siguiente cita de Cristian von Hameln: «Quisiera que pudiese hablar como loro en jaula.»

Al llegar á América encontraron los compañeros de Colon loros domesticados en las cabañas de los indígenas.

Cuando los españoles, mandados por Nicuesa y Ojeda quisieron sorprender, en 1509, el pueblo de Yurbaco de los Caribes, situado en el istmo de Darien, los loros que vigilaban en las copas de los árboles delante de las chozas, anunciaron la llegada del enemigo, de modo que sus dueños pudieron emprender á tiempo la fuga.

Schomburgk nos dice que en la América del Sur se les deja volar libremente sin cortarles las alas. «Yo he visto á varios, escribió dicho naturalista, reunirse por la mañana con sus congéneres salvajes, marcharse con ellos, y volver por la tarde á la cabaña del amo.» «Cierta dia, añade, divisamos una arboleda que parecia cubierta de flores amarillas; regocijábame yo de haber descubierto un nuevo vegetal, cuando reconocí de pronto que las tales flores se movian cambiando de sitio: eran *kessi-kessi* (*conurus solstitialis*) domesticados, que al acercarnos nosotros emprendieron su vuelo con infernal estrépito, dirigiéndose á una cabaña vecina.» De los relatos de Schomburgk se desprende que en los pueblos indios reemplazan los loros á las gallinas, solo que intervienen mas que estas en la sociedad del hombre. «No deja de ser un hecho curioso la inclinacion que tienen los monos y los loros hácia los niños: rara vez he visto jugar á los muchachos indios sin que hubiese entre ellos alguno de dichos animales, y obsérvese que los loros aprenden muy pronto á imitar todos los sonidos que oyen; el canto del gallo, el ladrido del perro, y los llores y risas de los niños.»

La destreza de los indios para domesticar los loros en muy poco tiempo, es verdaderamente asombrosa é incomprensible para el europeo. Cuando Bates, en su viaje por el territorio del rio Amazonas, atravesó el rio Aveyros, cayó súbitamente al agua una cotorra de una bandada que en el mismo momento pasaba por encima. El viajero quiso pescar el ave, con la intencion de conservarla en una jaula, puesto que no se habia hecho daño; pero la cotorra estaba muy furiosa, intentó morder á todo el mundo, y se negó á tomar alimento: de modo que Bates no sabia qué hacer con su prisionera. Una india anciana, célebre por su habilidad para domesticar loros, se encargó de cuidar á la pequeña salvaje, y á los dos dias la presentó completamente mansa. Desde entonces el ave se familiarizó mas de lo que imaginarse pueda; aprendió á hablar, y habia olvidado del todo sus vicios anteriores. Bates no pudo averiguar de qué medio se habia valido la india; pero

un conocido le aseguró que aquella mujer domesticaba con tanta facilidad á estas aves dándolas saliva.

La suerte del loro que vive en Europa es bien triste, si se compara su vida doméstica en aquellos países. Las peores horas para él son las que pasa antes de llegar á su destino. El indio que le coge para cambiarle por algun producto de Europa, le deja en el puerto mas próximo en manos de algun marinero, que ni sabe cuidar del animal, ni darle el alimento que le conviene, resultando de aquí que la mitad de los loros embarcados no pueden resistir la travesía, y muchos de los que sobreviven, van á morir en las oscuras y sucias tiendas de los vendedores de pájaros. Solo cuando el loro encuentra un buen amo mejora su suerte; pero muchas veces se ha vuelto tímido, desconfiado y maligno, y no pierde hasta mucho tiempo despues estas malas cualidades.

Sin embargo, el loro es un animal juicioso; sabe acomodarse á las circunstancias y se acostumbra desde luego á toda especie de régimen. En vez de los frutos sabrosos y de los granos de sus bosques natales, toma los alimentos del hombre, que le agradan tanto mas, cuanto mas los va conociendo. Al principio le bastan los cañamones y el mijo; pero luego es ya mas delicado; le dan golosinas y llega á ser tan gloton, que no se contenta con un alimento sencillo. Se le puede acostumbrar á comer de todo; á beber café, té, vino y cerveza, y embriágase con los licores espirituosos. Los pequeños platíceros de Australia son los únicos que constituyen una excepcion, pues solo comen granos y hojas. Se ha dicho que el régimen animal á que se somete á los loros les hace contraer la mala costumbre de arrancarse las plumas hasta el punto de quedarse calvos, si tal puede decirse. Se ocupan en semejante tarea con mucho ardimiento, y ningun castigo, por mas que sean muy sensibles á todos, es suficiente para que pierdan semejante costumbre. ¿Debe reconocerse por causa el nuevo régimen? Es muy posible, pues nunca he visto á los loros encolerizarse de tal manera contra sí mismos cuando toman un alimento sencillo.

Otros observadores buscan la causa de arrancarse los loros las plumas en el fastidio á que estas aves, tan activas en libertad, se ven condenadas en su cautiverio: aseguran que se puede corregirles de este vicio facilitándoles siempre una cantidad suficiente de madera blanca para despedazarla, es decir, dándoles algo en que ocuparse. Segun mis observaciones, cierto es que los loros, por lo general muy aficionados á la destruccion, trabajan de continuo, y con buen éxito para destrozarse los palitos y otras partes de madera de su jaula; pero nunca he notado que los individuos que de este modo se ocupaban dejasen de arrancarse sus propias plumas. No puedo reconocer por consiguiente el medio indicado como verdaderamente eficaz.

Tambien Vekemans, director muy experto del Jardín zoológico de Amberes, y por cuyas manos pasan todos los años miles de loros vivos, está conforme conmigo en este parecer, y al preguntarle cómo podria corregirse este vicio en esas aves, contestóme que solo conocia un medio, cual era el de matarlas. A pesar de todo, no negaré que algun loro ú otro pierda efectivamente su vicio dándole madera blanda, y además creo recomendable el medio, aunque solo fuese para ocupar al ave cautiva. Sin embargo, la eleccion de un alimento conveniente me parece de mucha mayor importancia.

Segun lo que yo he visto por mis propias observaciones, las grandes especies de loros se conservan muy bien cuando se les da de comer cañamones, arroz cocido, avena, maíz, lechuga, coles y frutas; á las pequeñas especies les conviene mejor el mijo, la lechuga y hojas; las almendras amargas y el perejil son para todas venenos mortales.

Segun se nota en todos los animales superiores, entre los loros los hay que aun siendo de la misma especie, se instruyen con mas ó menos facilidad, ó están mejor ó peor dotados. Estos aprenden mucho y pronto; aquellos poco y muy despacio, y algunos no aprenden nada; pero un buen sistema de educacion produce por lo regular los mejores resultados.

A los loros les sirve de mucho su excelente memoria, pues recuerdan las cosas durante algunos años; es tan indispensable para ellos como su lengua movable, sin la cual no podrian imitar la voz humana. Se fijan en una idea y retienen la palabra; á esta se agrega una segunda y luego una tercera; y su facultad se desarrolla á medida que se ejercita mas. Hé aquí cómo el hijo de las selvas vírgenes, puesto en contacto con el hombre, se amolda mas y mas á su imágen, convirtiéndose en un sér al que no podemos rehusar cierta estimacion.

El loro se humaniza en cierto modo por el contacto con el hombre, lo mismo que un perro se instruye, y hasta quisiera decir llega á civilizarse por la educacion. En prueba de ello se puede alegar la circunstancia de que esta ave no solo se apropia los usos y costumbres de la casa de su amo, sino que no produce sus gritos desagradables con tanta frecuencia, sustituyéndolos al fin, excepto cuando se halla excitado, con las palabras y canciones que se le enseñan. Esta manera de acomodarse á los deseos del hombre, prueba hasta la evidencia las excelentes cualidades del loro. Su gran inteligencia se demuestra aun de otro modo, y casi podria decirse en todas las ocasiones. No solamente distinguen á los forasteros de los hombres, las mujeres y los amigos de la casa, como lo hacen otras muchas aves, sino que tambien reconocen á las diferentes personas. Para saber si un loro es macho ó hembra, bastará que un hombre y una mujer, acercándose alternativamente á él, le acaricien ó le irriten. Cuando acepta sin dificultad las caricias del hombre, el ave es probablemente hembra, y en caso contrario, macho. Yo no queria creerlo, pero me he convencido al fin de la veracidad del hecho. El loro no se conduce sin embargo siempre de la misma manera con diferentes personas del mismo sexo. Casi siempre observa antes de juzgar ó de obrar; á veces manifiesta desde luego aversion contra cierta persona, y este sentimiento aumenta con el tiempo en vez de disminuir. Es preciso admirar muchas veces su instinto para conocer á los hombres.

Todo esto debe tomarse en consideracion cuando se quiere enseñar y educar á un loro; así como cualquier otro animal destinado á ser instruido por otro sér superior, exige la misma regularidad en la enseñanza y se le ha de tratar con dulzura y cariño á la par que con firmeza.

Un exceso de afecto es tan nocivo como demasiada severidad: la mujer que vive sola con su loro le convierte en un sér insoportable, porque le mimó demasiado y le atiende mas de lo que debiera. La primera condicion consiste en colocarlo en una reducida jaula, á fin de que su amo pueda ocuparse de él convenientemente; si se le deja en libertad en lugares espaciosos, rara vez se domestica, y menos aprende á hablar; no se le debe dejar libre sino cuando su educacion está casi terminada.

Los loros exigen ciertas condiciones para llegar á satisfacer uno de los mas vivos deseos de los aficionados, cual es el de poner huevos; el hecho es raro en los individuos cautivos, porque no se les tiene en sitio conveniente; pero muchas observaciones prueban, sin embargo, que no es muy difícil que se reproduzcan en nuestras moradas cuando se les da espacio y reposo, y un nido á propósito. Una vasta pajarera donde puedan pasar todo el año tranquilamente, y un tronco de

árbol de madera blanda, con un agujero bastante grande, son las condiciones esenciales para que pongan los loros: de donde resulta que se contentan, segun se ve, con poco y que saben acomodarse perfectamente á todas las circunstancias.

Confieso francamente que me gusta mas ver á los loros reunidos en una gran pajarera que en una estrecha jaula, aunque hablen en ella perfectamente.

Hasta ahora, los jardines zoológicos, que por lo demás tanto contribuyen á aumentar el interés hácia los animales, han descuidado mucho los loros. Se les tenia como en las colecciones ambulantes, sobre armazones de madera, atándolos con una cadena, ó se les colocaba en jaulas uno junto á otro. Es un verdadero tormento para el visitante de una coleccion de loros permanecer largo tiempo en el local donde se hallan, porque ciertas especies, acostumbradas á ver á sus semejantes y á otras aves con cierto orden, producen gritos espantosos apenas ven que este orden sufre alteracion.

De este modo indican al guardian todo incidente que les choca; lanzan gritos capaces de ensordecer el tímpano mas fuerte, acompañados de movimientos muy vivos, aletean violentamente é inclinan repetidas veces la cabeza para demostrar su excitacion. Exactamente lo mismo se conducen cuando un hombre desconocido entra en su morada; si entonces grita una de las aves, todas las demás hacen coro; en este caso producen un concierto verdaderamente intolerable, y todas las censuras que se hacen contra la cautividad de los loros parecen justificables. Hé aquí por qué los departamentos de loros de los jardines zoológicos excitaban poco interés. En los últimos tiempos, y sobre todo en Inglaterra y Alemania, se han hecho repetidas tentativas para aclimatar los loros en libertad. Las aves se acostumbraron pronto al clima europeo; apareáronse y criaron sus hijuelos y sin duda se hubieran propagado muy bien si no les hubiese perseguido tanta gente. En todas partes donde se ve una de estas aves extranjeras se la mata, desvaneciendo así toda esperanza de aclimatacion, la cual, dicho sea de paso, nos ofrece muchas dudas respecto á su utilidad.

Las tentativas mas completas y felices para aclimatar loros son debidas á Buxton, quien se propuso el objeto en dos de sus haciendas de Inglaterra. Un crisotis del Amazonas que despues de vivir veinte años en cautividad se habia hecho célebre como *orador* de primer orden, despertó en Buxton la idea de exponer loros, pues la citada ave, escapada un dia, permaneció casi tres meses en las copas de los árboles de la vecindad, no volviendo á la casa hasta principios del invierno. Su plumaje se habia desarrollado tan magníficamente durante este tiempo, que Buxton, seducido por la misma sencillez del hecho, resolvió hacer mas tentativas y púsolas en práctica en gran escala. Eligió jacos y crisotis amazonas, cuatro especies de cacatúas, paleórnidos, platicércidos y dos especies de lóridos. Todos volaban libres á su antojo, hacian los nidos en el parque y bosques de la vecindad; conducianse como si estuvieran libres y sabian esconderse de tal modo, que solo una vista perspicaz podia distinguirlos en la espesura de los gigantescos árboles. Algunos emprendieron largos viajes, de los cuales no volvieron, sin duda por haber sido cazados ó muertos; los demás, manteniéndose mas cerca de la casa de donde habian salido, presentábanse por la mañana y la tarde para recibir su alimento. «Cuando se habia puesto sobre un trípode el cesto con el almuerzo de los loros, escribe Buxton, presentábase una pareja de cacatúas blancas que desde un árbol habia observado todos los preparativos para la comida; despues acudia una cotorra de cresta y revoloteaba algunos minutos casi verticalmente en la misma posicion que toman los colibrís, es decir, con la cabeza y la cola inclinadas hácia adentro y las alas extendidas. Seguian

dos ó tres cacatúas sonrosados, que se agarraban al trípode sin atreverse á tomar parte en el festin, como lo hacian sus compañeros mas atrevidos. De pronto se acerca uno de los grandes cacatúas de moño amarillo, volando pesadamente y ahuyenta al punto á todos los pequeños; pero estos vuelven á reunirse muy pronto, y un loro, ostentando sus brillantes colores rojo y verde, remóntase por el aire y se coloca un instante despues sobre la punta del trípode, donde contrastan sus vivos tintes con el blanco puro del cacatúa. Un grajo alpino, con su plumaje negro azul brillante, con su pico y piés rojos de coral, completa el grupo; el recién llegado co-

mienza por reñir con sus rivales, utilizándose muy bien de su largo pico, y todas las aves se alborotan. Puedo asegurar que semejante espectáculo, tal como yo lo he visto centenares de veces, tiene un atractivo indecible, sobre todo cuando en una mañana serena de invierno, el suelo está cubierto de nieve, sobre la cual se destacan mas aun los vivos colores de las aves, que se cuidan poco del frio. Los jacos tienen la prudencia de refugiarse en una casa que á este efecto se han construido; pero todas las demás aves vagan durante todo el año por los bosques. Aun en el invierno de 1867 á 1868, cuando el termómetro bajó á 6° bajo cero, todas mis cau-



Fig. 11.—EL LORO CENICIENTO O JACO

tivas se conservaban tan vivaces y alegres como antes, excepto un cacatúa, cuya desaparicion cierto dia no he podido explicarme.

»Creo, en efecto, que el frio no hace daño á estas aves cuando están sanas y bien alimentadas; tienen un plumaje tan admirable y una circulacion de sangre tan activa, que raras veces las mata el frio; y si bien no creo que les agraden las heladas, paréceme, sin embargo, bastante singular que los loros del Africa, las cotorras de la India, y los loros de Filipinas, no sufran bajo la influencia del frio y de las nieves del norte. Mi jardinero asegura que los jacos presienten la tempestad de antemano y buscan muchas veces refugio en los invernaderos antes de que estalle. Este dato me parece curioso.

»Nada más extraño que el contraste entre el plumaje de los loros recién llegados y el de los que tengo hace algunas semanas en libertad, cuyas plumas adquieren un brillo como el del bronce pulimentado. Así un cambio racional en el

régimen alimenticio, como la limpieza y el ejercicio conveniente, son cosas de gran importancia para el bienestar de esas aves. Las que no pueden volar, ó que prefieren permanecer en la casa, están siempre tristes y son irascibles: mientras que los individuos vivaces que vuelan por los alrededores y buscan por sí mismos su alimento, muéstranse alegres, contentos y dóciles. Profesan gran cariño al jardinero que los cuida, y raras veces se ve á este trabajar sin tener uno ó dos cacatúas sobre la cabeza ó los hombros.

»Una pareja de estas últimas aves hizo las primeras tentativas para construir un nido, intentando inútilmente colocarlo en una de las chimeneas. Antes de concluir su obra, el nido cayó al suelo, juntamente con los cacatúas; y como esto sucedió en verano, no se supo lo ocurrido hasta despues de haber pasado las pobres aves un dia y una noche entre el hollin: mis infelices cacatúas ofrecian el mas lastimoso aspecto. Sin embargo, construyeron otro nido en una cajita que al efecto estaba colgada bajo el techo de la casa; mas á pesar